

spirituelle: justification théologique”, en DSp, III, 1957, col. 1183; Gustave THILS, *Santidad cristiana. Compendio de Teología ascética*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1965⁴.

Guillaume DERVILLE

DOLOR

1. La experiencia personal de san Josemaría. 2. La pedagogía del dolor en san Josemaría. 3. El dolor como misterio: la relación con los enfermos.

“Sólo cuando el hombre, siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios, estando realmente desprendido del egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir, cuando vive verdaderamente de fe, es entonces y sólo entonces cuando recibe con plenitud el gran fuego, la gran luz, la gran consolación del Espíritu Santo” (ECP, 137). No se llega a comprender bien lo que significa para san Josemaría la experiencia del dolor, si no se reflexiona largamente sobre este pasaje de la homilía dedicada al Espíritu Santo, al que designa como el Gran Desconocido porque permanece oculto para muchos.

El dolor no es propiamente hablando un gran desconocido, porque se advierte y percibe, pero es algo que no se desea conocer y de lo que se pretende huir, porque se nos escapa el sentido que está llamado a tener en la vida humana. Es un huésped no deseado, y sin embargo antes o después llega en la vida de todos; hace morada en nuestro cuerpo, en nuestra alma, confiere a nuestras emociones una tonalidad a veces rabiosa, otras veces triste, otras incluso resignada o francamente angustiada.

Es algo que todos nos quitaríamos de encima a gusto, porque difícilmente alcanzamos a encontrarle un significado que lo vuelva digno de ser vivido. Sólo se llega a esa meta si se descubre que el dolor es “la

piedra de toque del Amor” (C, 439), porque, en cierto modo, nuestra capacidad de amar se mide por nuestra capacidad de sufrir por amor. Amor y dolor, sufrimiento y felicidad representan cuatro coordenadas sobre las que san Josemaría fundamenta lo que con todo derecho podemos llamar la pedagogía de la felicidad: “Te quiero feliz en la tierra. –No lo serás si no pierdes ese miedo al dolor. Porque, mientras “caminamos”, en el dolor está precisamente la felicidad” (C, 217).

Perder el miedo a sufrir no es fácil; existe en cada uno de nosotros una repugnancia natural hacia el dolor que sólo el amor puede llevarnos a superar: “La entrega es el primer paso de una carrera de sacrificio, de alegría, de amor, de unión con Dios. –Y así, toda la vida se llena de una bendita locura, que hace encontrar felicidad donde la lógica humana no ve más que negación, padecimiento, dolor” (S, 2). Separar el dolor del amor, encerrarse en una lógica egocéntrica, significa perder de vista la perspectiva de la felicidad, la única que permite dar sentido al sufrimiento sea del tipo que sea. Para muchos santos y para el mismo san Josemaría, el dolor es la actualización del *via crucis* en su vida, el camino que conduce al hombre al encuentro con Dios y que le permite una plena y madura identificación con Cristo.

1. La experiencia personal de san Josemaría

San Josemaría desde pequeño tuvo la experiencia de la enfermedad, la suya propia y la de sus hermanas, culminada en la muerte de tres de ellas; percibió cómo en su vida estaba presente la gramática del dolor que alcanzó a las personas que le eran queridas. La necesidad de dejar la casa familiar de Barbastro, la pérdida de un discreto bienestar económico, la búsqueda fatigosa de un nuevo trabajo –cosa que impuso a su padre pesados sacrificios por amor a la familia–, el cambio de escuela y el esfuerzo por hacerse nuevos amigos,

etc., son algunas de las realidades que marcaron su infancia y su adolescencia.

No faltaron dificultades en la vida de san Josemaría ya desde pequeño, pero esto no le impidió reaccionar de un modo profundamente sobrenatural ante las huellas dejadas por un fraile carmelita descalzo en la nieve de un gélido invierno de Logroño. No era fácil comprender qué movía a aquel hombre a ofrecer a Dios la mortificación de caminar por una calle nevada, que casi congelaba sus pies. Así comienza la historia de la vocación de san Josemaría: contemplando aquellas huellas sobre la nieve y permitiendo que en su corazón resonase la llamada del Amor de Dios que le pide abandonarlo todo para seguirle. En aquel momento, ante la absoluta gratuidad de aquel sacrificio y su aparente sinsentido, decide aventurarse en un misterioso y místico *via crucis* que dura toda su vida.

El dolor experimentado en esta primera fase de su existencia es sólo un anticipo de cuanto le sucederá en los años sucesivos. Pero la fe y la esperanza en el Señor le permiten afrontarlo con buen humor y con una caridad llena de misericordia hacia quienes, más o menos conscientemente, pudieran haber sido la causa. Su capacidad de comprender y de cargar sobre sí el sufrimiento de los demás, comenzando por el de sus padres, se reafirmó desde el momento, en 1918, en que intuyó que su vocación, al alejarlo de casa, crearía para ellos nuevos motivos de sufrimiento. Con una plegaria intensa y confiada pide al Señor un hermano, alguien que pueda cuidar de sus padres y evitar que se queden solos. La pérdida de las hermanas, experimentada de pequeño, le hacía comprender a fondo que el don de una nueva paternidad y de una nueva maternidad podría ser el mejor antídoto a la separación, al vacío, que él mismo estaba a punto de provocar. Dios acoge su oración, aunque después los acontecimientos tomen otro camino y, llega un momento en el que, a la vez que experimenta el dolor por la pérdida

del padre, surge el problema del cuidado de la madre, de la hermana y del hermano pequeño. Un dolor interior nada fácil de aceptar, pero al mismo tiempo una nueva fuerza para volver a tomar en la mano el hilo de la propia vida en plena y absoluta sintonía con la Voluntad de Dios, a la que se entrega y en la cual confía.

Junto a los acontecimientos dramáticos en la vida de san Josemaría, se da otro tipo de sufrimiento que apunta a su formación. Un sufrimiento más pequeño y sólo en apariencia menos relevante. Son las molestias ocasionadas por las contradicciones de la vida diaria y por las incomprendiones de sus compañeros, también en los años del seminario y en los inicios de su labor sacerdotal. La ironía pueril con la que algunos hacen burla de sus ideales, de sus arranques de intimidad con Dios. Pequeñas cosas, que exigen una gran paciencia y magnanimidad para evitar la reacción agresiva o el conformismo resignado: “¿Te lamentas?... y me explicas como si tuvieras la razón: ¡un pinchazo!... ¡Otro!... –¿Pero no te haces cargo de que es tonto sorprenderse de que haya espinas entre las rosas?” (S, 237). Es el crisol en el que se forma la personalidad de los jóvenes y aflora el perfil de la madurez. “No te quejes, si sufres. Se pule la piedra que se estima, la que vale. ¿Te duele? –Déjate tallar, con agradecimiento, porque Dios te ha tomado en sus manos como un diamante... No se trabaja así un guijarro vulgar” (S, 235). Son las relaciones personales las que a veces pueden convertirse en causa de un sufrimiento que parece insoportable por la reiteración de las provocaciones y por la dificultad del perdón. No es fácil no reaccionar a ciertos alfilerazos: “¿Cómo duelen los desprecios, aunque la voluntad esté en quererlos! –No te extrañes: ofréceselos a Dios” (F, 793).

San Josemaría se esfuerza por ofrecer a Dios todas estas cosas, que sólo en apariencia parecen pequeñas. Lo hace en las largas horas de adoración nocturna ante el

Santísimo, allí donde de hecho aprende a sufrir por Amor, buscando una identificación con Cristo generosa y audaz: “Pediste al Señor que te dejara sufrir un poco por Él. Pero luego, cuando llega el padecimiento en forma tan humana, tan normal –dificultades y problemas familiares..., o esas mil pequeñeces de la vida ordinaria–, te cuesta trabajo ver a Cristo detrás de eso. –Abre con docilidad tus manos a esos clavos..., y tu dolor se convertirá en gozo” (S, 234). El dolor se convierte para él en una especie de experiencia mística en la cual su ascetismo sonriente se transforma gradualmente en una unión real con Jesús: “Déjame que, como hasta ahora, te siga hablando en confidencia: me basta tener delante de mí un Crucifijo, para no atreverme a hablar de mis sufrimientos... Y no me importa añadir que he sufrido mucho, siempre con alegría” (S, 238).

También ante la enfermedad física san Josemaría consigue siempre y en todo lugar poner buena cara: “Un morbo incurable, que limitaba su acción. Y, sin embargo, me aseguraba gozoso: la enfermedad se porta bien conmigo y cada vez la amo más; si me dieran a escoger, ¡volvería a nacer así cien veces!” (S, 254). Pero da lo mejor de sí mismo ante el sufrimiento psicológico y espiritual: “Hijo, óyeme bien: tú, feliz cuando te maltratan y te deshonren; cuando mucha gente se alborote y se ponga de moda escupir sobre ti, porque eres “omnium peripsema –como basura para todos... –Cuesta, cuesta mucho. Es duro, hasta que –por fin– un hombre se acerca al Sagrario, se ve considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre gusano, y dice de verdad: “Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero?” Hasta entonces, no sabe el hijo de Dios lo que es ser feliz: hasta llegar a esa desnudez, a esa entrega, que es entrega de amor, pero fundamentada en la mortificación, en el dolor” (F, 803).

San Josemaría sufre las críticas malévolas y gratuitas que le hacen tocar hasta

qué punto su honor ha sido herido y humillado. Pero es precisamente su honor, eso que un hombre tiene de más íntimo y precioso, lo que deja a los pies del Tabernáculo. Y ahí encuentra su consuelo, una felicidad inesperada, fruto de una donación fundada sobre el amor y sobre el dolor. No hay en él ni amargura, ni rencor; ni siquiera la sombra de ese deseo de revancha tan frecuente entre los hombres, sólo el coraje de una donación total que contrapesa la experiencia de un dolor global de un modo no muy distinto de cuanto nos cuenta el Libro de Job.

Aunque, en el caso del fundador de la Obra, a la historia de Job, a su lamentarse exasperado, se une la dimensión sobrenatural de un dolor de quien conoce la Cruz de Cristo: “¡Sacrificio, sacrificio! –Es verdad que seguir a Jesucristo –lo ha dicho Él– es llevar la Cruz. Pero no me gusta oír a las almas que aman al Señor hablar tanto de cruces y de renunciaciones: porque, cuando hay Amor, el sacrificio es gustoso –aunque cueste– y la cruz es la Santa Cruz. –El alma que sabe amar y entregarse así, se colma de alegría y de paz. Entonces, ¿por qué insistir en “sacrificio”, como buscando consuelo, si la Cruz de Cristo –que es tu vida– te hace feliz?” (S, 249). En su experiencia personal, el camino de la Cruz, marcado por un dolor siempre viejo y siempre nuevo, ha tenido siempre el punto de llegada en la felicidad humana y sobrenatural de la intimidad con el Señor.

2. La pedagogía del dolor en san Josemaría

La predicación y la incesante actividad de formación del fundador del Opus Dei contienen numerosos textos de los que es fácil deducir su modo de afrontar una problemática tan compleja como la del dolor y el sufrimiento. Siempre atento a las circunstancias concretas, dotado de una empatía sorprendente, sabe acoger las necesidades y los estados de ánimo de las personas que tiene al lado y se deja

guiar de su experiencia para enseñar a los jóvenes a afrontar el dolor y el sufrimiento. “Te acogota el dolor porque lo recibes con cobardía. –Recíbelo, valiente, con espíritu cristiano: y lo estimarás como un tesoro” (C, 169). No hay falsa piedad en el *incipit* de este punto de *Camino*: san Josemaría no se propone consolar superficialmente al muchacho que tiene delante, probablemente apesadumbrado por las habituales escaramuzas de la vida. Le anima a reaccionar y lo hace con esa sinceridad salvaje con la que también él ha afrontado las dificultades de la vida. Se vuelve hacia él sacudiéndolo: “no seas bellaco, echa mano de tus reservas de coraje...”; recurre a sus virtudes, pero al mismo tiempo hace una llamada inmediata al espíritu cristiano y a aquellos valores que sabe evidentemente que están muy presentes en el corazón del muchacho. Intenta sacar lo mejor que hay en él: en realidad tiene confianza en él y se la confirma justo con ese tono aparentemente duro; así le ayuda a encontrar el sentido de una experiencia que amenaza con aplastarlo.

Este punto de *Camino* es como un tratado de pedagogía del dolor expresado en pocas líneas. San Josemaría quiere que el muchacho salga del estado de abatimiento al cual lo ha empujado una experiencia dolorosa, pero quiere que lo haga poniendo en juego todos sus resortes. No importa que el dolor de que habla sea físico o espiritual. Emotividad y afectividad humana, cuando son heridas, tienen siempre una incidencia en el nivel de la corporeidad, y el dolor físico por su parte tiene inmediatas repercusiones sobre el plano afectivo y emotivo. De ahí la llamada a no dejarse abatir, mientras centra la atención sobre el coraje como valor profundamente humano, pone en juego también el corazón y la capacidad de amar: “(...) ¿qué importa padecer, si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a Él en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?...” (C, 182).

Virtudes humanas y sentido sobrenatural constituyen el binomio indispensable sobre el que, según san Josemaría, debe fluir la experiencia humana de quien desea sinceramente abrirse a la verdadera felicidad, de manera realista, pero no egoísta. Más aún, para él, el egoísmo representa una barrera insuperable para la felicidad, mientras que el dolor y el sufrimiento abren el camino a la experiencia de la paz y la alegría. “El amor gustoso, que hace feliz al alma, está basado en el dolor: no cabe amor sin renuncia” (F, 760). Y más adelante: “El camino del Amor se llama Sacrificio” (F, 768). Objetivo de la formación es siempre el amor, el amor humano y el amor sobrenatural, mientras que el sacrificio y su presencia inmediata representada por el dolor son siempre y solamente un medio. Un medio noble, pero jamás un fin. Nadie elige el dolor como fin, aunque es verdad que nadie alcanza su fin sin pasar por el camino del dolor y el sacrificio.

San Josemaría tiene bien presente cuánta gente se somete a grandes sacrificios por objetivos exclusivamente humanos y lo aprovecha para hacerlo notar de modo elegantemente irónico: “¡Qué miedo le tiene la gente a la expiación! Si lo que hacen por bien parecer al mundo lo hicieran rectificando la intención, por Dios... ¡qué santos serían algunos y algunas!” (C, 215). También es verdad lo contrario: hay gente que rehúye el sacrificio, imaginando poder alcanzar metas brillantes comprometiéndose sólo en la propia imaginación y en la propia fantasía: “Me dices: cuando se presente la ocasión de hacer algo grande... ¡entonces! –¿Entonces? ¿Pretendes hacerme creer, y creer tú seriamente, que podrás vencer en la Olimpiada sobrenatural, sin la diaria preparación, sin entrenamiento?” (C, 822). El fundador del Opus Dei pone en guardia ante las dos manifestaciones de dos defectos muy conocidos: por una parte, ante una ambición que es fin de sí misma y, por otra, la falta de ambición; por una parte, una voluntad teñidamente anclada en el programa de una

exclusiva realización personal, y, por otra, una pereza indolente y abúlica. En ambos casos les falta esa visión sobrenatural que permite afrontar con energía y determinación todos los sacrificios y sufrimientos necesarios para alcanzar una meta alta, marcada por el amor de Dios y de los demás.

3. El dolor como misterio: la relación con los enfermos

La experiencia del dolor –la suya propia y la de tantas personas a las que trató en su amplia labor sacerdotal–, pero sobre todo la profunda intimidad con la Pasión del Señor, llevaron a san Josemaría a hacer de la relación con los enfermos, con los pobres y con todos aquellos que sufriesen algún tipo de necesidad, uno de los elementos más humanos y más hondos de su horizonte vital. “–Niño. –Enfermo. –Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son **Él**” (C, 419). Por esta razón dedicó una parte importante de su vida personal al servicio de los enfermos, haciendo del apostolado en los hospitales el lugar privilegiado de su encuentro personal con Jesús en la Cruz. “¡Cómo amaba la Voluntad de Dios aquella enferma a la que atendí espiritualmente! veía en la enfermedad, larga, penosa y múltiple (no tenía nada sano), la bendición y las predilecciones de Jesús (...)” (F, 1034).

Nunca indiferente o distraído ante el dolor que experimentaban las personas que estaban a su lado, fuese cual fuese la razón, conseguía transmitir a todos el calor de su afecto, que era, al mismo tiempo, paterno y materno. Junto a cada pobre y a cada enfermo, intentaba materializar el Amor de Dios, pero al mismo tiempo era bien consciente de que sacaba de cada uno de esos encuentros nuevas energías para sus tareas de fundador de la Obra. Intuía, antes de que se lo contasen, lo que acontecía en el alma de las personas, sabía anticiparse a la necesidad de compartir lo

que hay en cada hombre, cortando de raíz el tormento de la soledad. “No pases indiferente ante el dolor ajeno. Esa persona –un pariente, un amigo, un colega..., ése que no conoces– es tu hermano. –Acuérdate de lo que relata el Evangelio y que tantas veces has leído con pena: ni siquiera los parientes de Jesús se fiaban de Él. –Procura que la escena no se repita” (S, 251).

El dolor de la soledad, del abandono y de la indiferencia representaban para él una manifestación de esa falta de fraternidad que lleva a descubrir la quiebra de la vocación cristiana, también en la propia vida. “Te duelen las faltas de caridad del prójimo para ti. ¿Cuánto dolerán a Dios tus faltas de caridad –de Amor– para **Él**?” (C, 441). Amor y dolor constituyen en el corazón de cada hombre un binomio inseparable, porque sólo el amor da sentido al dolor, y sólo la experiencia del dolor y del amor envuelven al hombre en su globalidad. El hombre reacciona de modo unitario a todo lo que le afecta en profundidad, y el dolor le golpea en su intimidad, precisamente en aquel punto al mismo tiempo material e inmaterial en el cual racionalidad y afectividad, corporeidad y espiritualidad, se tocan y se entrecruzan. Es allí donde se recompone la fragmentariedad de la experiencia humana, la multiplicidad encuentra su unidad, y el hombre percibe que algo está penetrando en su intimidad más profunda. Algo que hiere, que transforma, que hace más frágil, pero que al mismo tiempo descubre nuevos horizontes de comprensión sobre el sentido de la vida y sobre el valor de las relaciones humanas.

Para san Josemaría, el hombre estará inevitablemente desorientado si pierde el hilo conductor que liga alegría y dolor, amor y donación. Sin esta perspectiva de conjunto, todo pierde su sentido, comenzando por el dolor, que se muestra en su crudeza dura y exigente. A pesar de los enormes progresos de la ciencia y de la técnica, el dolor sigue presente. Y en el fondo del corazón del hombre puede surgir

un sentido de culpa que lleva a pensar que el dolor es consecuencia de algún pecado, o fruto de un castigo. En esa coyuntura el hombre está expuesto a experimentar una sensación de extravío y de abandono que puede llevarle a replegarse sobre sí mismo, a sentirse traicionado ante un mal, que parece injusto e inútilmente persecutorio. El fundador de la Obra, ante este sufrimiento, ofrece un consejo, una sugerencia que susurra paternalmente, con delicada insistencia: “Dolor de Amor. –Porque Él es bueno. –Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. –Porque todo lo bueno que tienes es suyo. –Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡Él!... ¡¡a ti!! –Llora, hijo mío, de dolor de Amor” (C, 436).

A san Josemaría no se le escapa ninguno de los motivos por los que el hombre puede sufrir a lo largo de su vida –la enfermedad, la carencia de afecto y de comprensión, los reveses de fortuna, la percepción de las propias limitaciones, etc.–. Ni tampoco la experiencia de ruptura que provoca la toma de conciencia de los errores cometidos y el sufrimiento provocado a otras personas; o el dolor que alcanza a quienes se ama. En cualquier caso conviene repetir: “Bendito sea el dolor. –Amado sea el dolor. –Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!”

(C, 208). San Josemaría consideró siempre que esta oración tiene una gran eficacia porque con ella se expresa con hondura la conformidad de la voluntad del hombre con la Voluntad de Dios, y ahí radica en definitiva, sea cual sea el motivo por el que se esté sufriendo, el secreto de la felicidad. “La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. –Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada” (C, 758).

Voces relacionadas: Cruz; Enfermedad; Esperanza.

Bibliografía: AVP, *passim*; Flavio CAPUCCI, *Josemaría Escrivá, santo. El itinerario de la causa de canonización*, Madrid, Rialp, 2009; Julián HERRANZ, *En las Afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Madrid, Rialp, 2007; Vittorio MESSORI, *Opus Dei. Una investigación*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1994; Miguel Ángel MONGE, *San Josemaría y los enfermos*, Madrid, Palabra, 2004; Miguel Ángel MONGE - José Luis LEÓN, *El sentido del sufrimiento*, Madrid, Palabra, 2008⁴; Giuseppe ROMANO, *Opus Dei. Il messaggio, le opere, le persone*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2002.

Paola BINETTI

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.